

y al salir Jesucristo de su vientre, habia adquirido ya este decreto supremo: y por decirlo de una vez, desde que *María es María*, ninguna criatura ha recibido ninguna gracia que no haya pasado por sus manos; porque á la manera que del centro del círculo ninguna línea puede salir de él que no pase por la circunferencia, así de Jesus que es el centro de todo bien, no puede salir ni una gracia sola que no pase por la mística circunferencia de *María*. Concluyamos que la doctrina que afirma que todas las gracias nos vienen por la mediacion de *María*, es una verdad certísima, porque el Señor ha puesto con sus manos toda la inmensidad de sus tesoros, y concluyamos que seremos eternamente felices, si somos sus perfectos devotos. *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos.*

CAPITULO XI.

EA, PUES, ABOGADA NUESTRA.

52. *Explicacion de la Salve.*—Con estas palabras: *Ea, pues, abogada nuestra*, damos á la Santísima Virgen la mayor prueba de afecto, de amor y de confianza, supuesto que la apellidamos nuestra abogada. Con este título suponemos que tiene un corazón sumamente bondadoso en nuestro favor, y que está dispuesta á trabajar cuanto sea necesario para salvarnos. Con este carácter de abogada, la suponemos teniendo la llave de las divinas misericordias, y que es tan liberal,

que nos hace aun mucho mas de lo que le pedimos. *¡Ah lector carísimo! Si María te protege, nada, absolutamente nada tienes que temer: no por parte de los demonios, porque es cien y cien veces mas poderosa que todos juntos: no por parte de los pecados, porque por su mediacion poderosa lograrás el perdon de todos; y ni siquiera por parte de Dios indignado, porque protegiéndote María puedes esperar todo bien. Cómo, si es nuestra esperanza, nuestra vida, nuestra Reina, nuestro refugio y nuestra Madre. ¿Quién no se fiará de María? ¿Quién no verá en ella la poderosa abogada? Aunque no somos capaces de conocer hasta qué punto ruega por nosotros; pero siempre es verdad certísima que no nos pierde de vista, y mucho menos en los peligros y aflicciones. Considerala en fuerza de su oficio de abogada tratando con el ángel del Señor sobre la reparacion del género humano; del mismo modo que Eva trató con el demonio nuestra perdicion: trata la salud que ha de venirle, y cuyas consecuencias durarán eternamente, al paso que Eva lo hizo sobre la enfermedad y la muerte. Considerémosla construyendo con arte inefable, del barro de nuestra carne, un templo que habia de ser habitacion de Dios; colocando, por un modo incomprendible, á Dios en la tierra y al hombre en el cielo, y mezclando con una razon inaudita á Dios y al hombre para formar al que llamamos Jesucristo.*

¿Qué mayor abogada que aquella soberana Señora que nos dió á luz al mismo Abogado celestial? Hágase, dijo, y el Verbo se hizo carne: la esencia de Dios apareció bajo una forma humana: el Criador de las eternidades nació en el tiempo; el que todo lo hizo, él mismo fué engendrado, y el que es consustancial al Padre, hízose con dicha palabra consustancial á la Madre. ¿Quién mayor abogada que María? No es Jesu-

cristo; pero hizo al mismo Jesucristo con su poderosa voz: hágase, dijo Dios, y el mundo salió de la nada: hágase, dijo *María*, y el Verbo se hizo carne; y este Verbo es el abogado que tenemos delante de nuestro Padre celestial. Podrá, pues, *María* no ser nuestra *abogada*? Sí lo es: y lo es de un modo tan poderoso, que alcanza de Jesucristo lo que Jesucristo logra de su Padre.

En México mismo hace algun tiempo que vivia una madre con dos hijas y una sobrina, y la infeliz tanto se entregó á las cosas de la tierra, que se olvidó de las del cielo, y sus hijas siguieron tambien el mismo camino. La desgraciada sobrina se extravió de un modo el mas lastimoso, porque abandonando su casa se fué á vivir con una amiga. Durante dos años estuvo cometiendo todos los excesos de la lujuria; y esta infeliz, víctima del pecado, no tenia otros deseos que proporcionarse placeres y dinero. Se dió á la bebida de un modo el mas vergonzoso: su lengua solo pronunciaba palabras soeces é indecentísimas, y cuanto habia en ella todo lo empleaba para la disolucion. Su tia y sus primas emplearon todos los medios que les sugirió su caridad, pero en vano: le manifestaban su vida ya cristiana, pero en vano: le hablaban de que se confesase y contestaba con. . . . En fin, un dia, siempre memorable de la octava de la Inmaculada Concepcion, lograron que fuese á la iglesia; se arrimó por compromiso con un confesor, pero solo para decirle que no podia confesarse. Despues de muchos esfuerzos le habla de la Inmaculada Virgen *María*, la anima á que diga algunos pecados. . . . y ¡oh victoria de la *Inmaculada Concepcion!* ya vencida la vergüenza, superado el temor, comienza á decir sus grandes miserias, y al dia siguiente hizo una confesion general de todos sus pecados. Debemos advertir que no se contentó con dejar

las casas malas, sino que abandonó todo mal vivir, y comenzó una vida pura y limpia, así como antes habia sido la mas lúbrica y deshonesta.

53. *María es una abogada omnipotente.*—No es nuestro ánimo presentar á *María* simplemente como *abogada nuestra*, sino que tenemos un placer singular en hacer que se la considere como *abogada omnipotente*, ya que á ella estuvo sujeto el Todopoderoso. La autoridad de las madres sobre sus hijos es tal, que aunque estos sean monarcas y tengan un absoluto dominio sobre todos los del reino, con todo, jamas llega hasta el exceso de que las madres se constituyan las súbditas de sus hijos.

En Jesus parece que no habia de verificarse esta ley general, porque por medio de la union hipostática, su persona no es humana sino divina, y por tanto que Jesucristo habia de reinar sobre *María*, y que al menos en este caso la Madre debia ser la súbdita del Hijo. Sin embargo, no fué así, y por esto siempre será verdad que el Verbo encarnado se humilló hasta el extremo de quererse hacer el súbdito mas especial de *María*: y tanto fué así, que en calidad de Hijo suyo, estaba obligado á obedecerla, y quiso que los Evangelistas certificasen que habia cumplido esta obligacion. ¡Oh qué grande y excelente es *María!* ¡Oh qué *abogada* tan poderosa! Porque si decimos que *María* estaba en un todo sujeta á la voluntad de Dios, hemos de afirmar tambien que Dios estuvo sujeto á la voluntad de *María*. ¡Y no tendrá un no sé qué de omnipotente la que mandó á la misma omnipotencia? ¡Cómo, pues, no concederle que es nuestra omnipotente *abogada!* Es un privilegio de las vírgenes al seguir por do quiera al Inmaculado Cordero; pero tratándose de nuestra poderosa *abogada*, Él, constituyéndose Hijo suyo, la siguió acá en la tierra. No queremos decir con lo ex-

puesto que *Maria* mande ahora á su Hijo, sino que tan solo intentamos recordar que sus ruegos son como de una Madre soberana á quien su Hijo ha dicho: *Pédeme, Madre mia, lo que quieras, y todõ te será concedido*: y por tanto que sus súplicas son tan eficaces que alcanzan todo cuanto piden, que como Virgen Madre puede cuanto quiere así en la tierra como en el cielo; y que de tal suerte es nuestra omnipotente *abogada*, que se ha hecho capaz de salvar á los mismos desesperados. Sí, afirmémoslo de una vez para siempre, porque el Hijo hace tanto aprecio de los ruegos de su Madre, que hace todo cuanto le indica; tiene tanto deseo de complacerla, que sus mas insignificantes insinuaciones las despacha como órdenes de su Eterno Padre. ¡Oh qué grande y poderosa es nuestra *abogada*! ¡Oh *Maria*! vos sois la augusta Madre de Dios, y como tal, sois omnipotente para salvar á los pecadores. ¡Oh queridísima Madre mia! salvadme á mí como el mas miserable: salvadme, ya que quiero ser vuestro fidelísimo hijo; y salvadme, en fin, ya que voy á honraros diariamente diciendo cinco veces la *Salve*, y con el mayor afecto que me sea concedido repiteré el *ea, pues, abogada nuestra*.

54. *Porque sus preceptos son de Dios obedecidos.*—Para convencernos mejor, lector carísimo, de la omnipotencia de *Maria*, basta saber que Dios oye sus ruegos como si fueran sus preceptos; y á la manera que el verdaderamente justo no puede dejar de obedecer ni un solo mandamiento de Dios, así este Dios justísimo no puede menos de ejecutar todas las insinuaciones de su Madre. En consecuencia, podemos decir: *El Señor, oh Virgen santa, os ha exaltado tanto, que por su favor podeis enriquecer á vuestros devotos con todas las gracias posibles, porque vuestra proteccion es omnipotente, y sois nuestra omnipotente abogada*. Sí, omnipo-

tente es *Maria*, porque por toda ley debe gozar los mismos privilegios de su Hijo; y así como este es el Rey de reyes, es *Maria* la Reina de los reyes: y á la manera que aquel es el Señor de los señores y Dominador de los que dominan, así lo es *Maria*: hasta este punto confia la Iglesia en su patrocinio. Ademas, una madre al menos tiene la misma potestad que tiene el hijo; luego con razon afirmamos que es una Señora soberana y omnipotente, ya que de Jesus confesamos la omnipotencia. Esta proposicion la Iglesia la toma y verdaderamente la hace suya con sola la siguiente restriccion: Que el Hijo es omnipotente por esencia y naturaleza, al paso que la Madre solo lo es por gracia y privilegio; y por decirlo con la exactitud que brota de la experiencia, decimos que la denominamos omnipotente, no porque la atribuyamos el carácter ó atributo de la omnipotencia, sino en cuanto alcanza con sus ruegos cuanto quiere, cuanto desea y aun cuanto indica. Un gran santo creía que Jesus así habla á su Madre: *Madre mia, bien sabeis cuánto os amo, por consiguiente, pedid de mí cuanto querais y todo os será concedido; mostradme vuestros deseos y todos serán cumplidos, pues me glorío de hacer vuestra voluntad ahora que estais en el cielo, ya que haciais completamente la mia cuando viviais en la tierra*. Tan cierto es que todos sus preceptos son obedecidos, y que aun sus mas pequeñas insinuaciones han de verificarse; porque al modo que un rey absoluto hace absolutamente todo cuanto quiere en los vastos dominios de todo su reino, así *Maria* lo hace absolutamente en todo el universo mundo: por esto la apellida la Iglesia la Reina y Emperatriz de los cielos y tierra. Esta conducta de la fidelísima esposa de Jesucristo nos autoriza á decir: *Querred vos, oh Maria, y todo se hará: plázeaos levantar al pecador mas perdido á una santidad eminente, y en*

vos consiste el que así se haga; sea vuestra voluntad el que los tibios se enfervoricen, que los santos se hagan mas santos, y vuestra voluntad así se cumple: qued, Madre mia, que el mas indigno de vuestros hijos salga de sus miserias, y luego se vé enriquecido con los dones de grande gracia: queredlo, y aunque no lo merezco, inmediatamente me cambiaréis y se efectuará en mí vuestro poder: tan poderosa y tan omnipotente sois por gracia y privilegio. ¡Oh *María!* ¡Oh amada *abogada* nuestra! ya que vos teneis un corazon poderoso que no sabe mirar á los infelices sin compadecerse de ellos, y juntamente teneis para con Dios un poder omnipotente, ¡ah! no rehuséis el tomar la defensa de mi causa, ya que soy el mas miserable: no lo merezco, es verdad, no sé pedirlo ni siquiera esta gracia, pero ya os muestro mis deseos; quiero salir del pecado, quiero salir de la tibieza, quiero hacerme un grande santo, quiero imitar en un todo vuestras virtudes, para que salga copia exactísima de Cristo Jesus. Madre mia, yo acudo á vuestro patrocinio; sed para mí mi poderosa *abogada*; mostradme en la práctica que sois mi Madre, y obrad en favor mio cuanto es conveniente, ya que así os lo pide vuestro benigno corazon. ¡Ah! animémonos, lector carísimo, y acudamos á *María*, porque ella es inmensamente rica en misericordia, es poderosísima en caridad, es piadosísima en ternura, y es omnipotente como *abogada*.

55. *Porque nos dá mas ella que todos juntos.*—En este número, lector carísimo, voy á patentizarte bien, y de una vez para siempre, que por mas que engrandezca á *María*, jamas intentaré equipararla con el Criador: mi único deseo es presentarla superior á todas las criaturas, y de tal suerte, que supere infinitamente á todo lo que no es Dios.

Queremos decir que no hay criatura que pueda ha-

cernos lo que nos hace *María*, y que ni todos los santos y ángeles juntos podrán hacer ni siquiera la millonésima parte de lo que nos hace *María*; porque basta que ella hable para que el divino Hijo lo ejecute, al paso que nada obra el Hijo, sino movido por su Madre. Esta verdad la vemos indicada en la Santa Escritura cuando hablando Jesucristo á su Madre y á los santos les dice así: ¡Oh tú la que moras en los huertos, hazme oír tu sonora voz, porque los amigos están escuchando. Cántico VIII, 13. Es Jesus el que se dirige á su Madre, para que haga oír la voz amabilísima de su súplica; porque los amigos que son los santos y ángeles, están escuchando. Como si dijera: ellos piden no á mí, sino á mi Madre; y yo atiendo no á las voces tuyas, sino á las plegarias de mi Madre: por esto yo antes de conceder la gracia, pido que me venga suplicada por el conducto de mi Madre. Como si hubiese dicho: ¡Oh tú la que moras en los jardines celestiales, intercede por quienes gustes con toda confianza, porque así como no puedo olvidar que soy tu hijo, así nada quiero negarte, ya que eres mi Madre. Hazme oír tu voz, y desde el momento que la oiga será despachada, porque tus ruegos se revisten de tal imperio, que yo no puedo dejar de despacharlos. ¡Oh inmaculada y divina *María!* verdaderamente que eres tú omnipotente: porque, ¿qué cosa hay que no la puedas? ¿Qué cosa puedes que no se ejecute? ¿Qué cosa comienzas á ejecutar que no le des el debido cumplimiento? En una palabra, lo que Dios puede como Dios, tú lo puedes con tus ruegos; y tú lo aplicas en favor nuestro á fuer de nuestra *abogada*. Para fijarte en en un caso práctico toda la doctrina de este capítulo, trasladémos á Caná de Galiléa, para asistir á las bodas en las que asistieron *María*, Jesus y sus apóstoles. A cosa de media comida notó la Santísima Virgen que se les con-

cluía el vino, y dirigiéndose á su Hijo le pide un milagro. *Mujer*, dice Jesucristo, *¿qué nos va á mí y á tí? Aun no es llegada mi hora*. Reflexionemos algo sobre lo mucho que se desprende de este divino hecho, y concluiremos ciertamente que su patrocinio obra omnipotentemente en nuestro favor. Jesucristo no concede el milagro, sino que lo niega, como indicándole que se metía en lo que no debía meterse, y que aun supuesto el caso que fuese conveniente, tampoco habria hecho el milagro porque aun no habia llegado la hora. Sin embargo, *¿qué hace María?* ¡Oh eficacia de su poder! ¡Oh excelencia de su dignidad! Se porta en un todo como si se le hubiese concedido, é inmediatamente se obra el prodigio. Nada le iba á Jesucristo en que hubiese ó no hubiese vino; pero supuesta la mediación de *María*, era una necesidad el que se pudiese ejecutar: aun no era llegada la hora de que Jesucristo hiciese el milagro de su propio movimiento, pero llegó inmediatamente que se lo pidió *María*. Confiemos, pues, en esta augusta Madre: confiemos de modo que pongamos en ella toda nuestra confianza, y no nos separemos de ella sin saludarla con el título augusto de *omnipotente abogada*. Para que la tengas siempre propicia, toma la práctica de rezar cada hora la Salve Regina, añadiendo al fin de ella esta portentosa jaculatoria: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!*



— 185 —

CAPITULO XII.

VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS.

56. *Explicacion de la Salve*.—Yo desearia, lector carísimo, que comprendieras toda la grandeza y piedad que encierran estas palabras de la Salve, en las cuales se suplica á la Santísima Virgen que nos alcance la salud del cuerpo y del alma, por medio de una de aquellas miradas llenísimas de ternura y amor. *Vuelve á nosotros*, le decimos, *esos tus ojos tan misericordiosos*: vuélvelos á los pecadores para que salgan de su pecado: vuélvelos á los impíos para que se conviertan: vuélvelos á los tibios para que adquieran un santo fervor; y vuélvelos á todos los justos para que se hagan mas y mas santos.

Quando pedimos á la Santísima Virgen una de sus miradas misericordiosas, naturalmente recordamos la noche triste en la cual cayó el Príncipe de los apóstoles. ¡Pobre Pedro! seguia á nuestro Señor no del todo, sino á medias: no abrasado del amor, sino arrastrado por el temor; y el que se habia gloriado de ser el mas fiel, cayó mas pronto y mas desgraciadamente. Pero ved ahí que cuando mas obstinado juraba y perjuraba de que no conocia aquel hombre, le envió el Salvador una de sus miradas; se reconoció, comenzó á llorar, y continuó su llanto todos los dias de su vida. Tal es lo que pedimos á *María*, suplicándole que vuelva hácia nosotros aquellos sus ojos misericordiosísimos.

Con razon se lo decimos: porque si bien lo examinamos, esta soberana Señora toda es ojos en favor nuestro: de un modo semejante á una madre muy cuidadosa de su tierno niño, y á una esposa que se esmera para cuidar muy bien á su marido. ¡Ah! ella es toda ojos para ver nuestras miserias y aliviarlas: es la que baja de continuo del cielo para traernos gracias: es la que sube sin cesar á la gloria llevándose nuestras súplicas: es la que anda muy afanada en tratos de misericordia en nuestro favor, y la que tiene siempre sus ojos fijos tanto sobre los justos como sobre los pecadores: porque á la manera que estos necesitan de sus miradas para salir del pecado, así las necesitan aquellos para conservarse en la amistad de Dios. Ella experimenta una inclinacion muy extraordinaria á mirarnos con ojos de misericordia, de manera que en cierto modo no puede no hacerlo sin contradecirse á sí misma: por esto un grande santo le decia: *¡Oh María! no mires con ceño á los pecadores, porque sin ellos no habrias llegado á la alta dignidad de augusta Madre de Dios.* ¡Qué palabras mas consoladoras! Porque segun esto, está la Santísima Virgen como obligada á concedernos todo lo que pidamos, que sea conveniente á nuestra salvacion. Y así como de la dignidad de Madre de Dios penden todas sus otras prerogativas y privilegios, así tambien salen de ella todos los oficios que hace en favor de los cristianos. ¡Oh María! ¡Y cuán excelente eres! Mírala, lector carísimo, es la fianza que recibe Jesucristo para que no seamos encerrados en las mazmorras eternas: es la seguridad que nos conduce sin el menor daño á la patria celestial: es la flor del campo de la cual ha nacido el hermoso lirio de los valles: es la Virgen Madre que por su parto glorioso nos hizo tan felices, que parece que nos mudó la naturaleza de nuestro sér: tanta es la gracia que nos ha conferido. ¡Ah miserables de noso-

tros! ¡Y cuán distintos somos de esta Virgen pura! Pero al menos cantemos á María cánticos de amor y agradecimiento: cantémosle con una vida santa é inocente: cantémosle con los justos y ángeles de la gloria: cantémosle . . . pero mejor será que oigamos su cántico divino: *Mi alma engrandece al Señor.* ¡Engrandecimiento misterioso! porque se verifica en aquel que es inmenso: mi alma, como si dijera, engrandece al Señor y mi espíritu se alegra en el Dios que me ha salvado á mí y á todo el género humano. Mi alma engrandece al Señor, porque vista la humildad de su sierva, hizo en mí cosas tan grandes que todas las naciones han de apellidarme bienaventurada. ¡Y podrás tú no rezarle diariamente la Salve? Rézala aun muchas veces al día, y con particular afecto dí: *Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.*

57. *Qué podemos alcanzar de María con esta súplica.*—Atendido lo que ha hecho y hará Jesucristo para con su Madre, bien podemos asegurar que alcanzaremos de ella cuanto le pidiéremos con la debida fé, en fuerza de estas palabras: *Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.* Un grande santo consideraba á Jesucristo diciendo á su Madre: *Pídeme, Madre mia, cuanto desees, porque quiero tener la satisfaccion especial de complacerte en todo ahora que estás en el cielo, del mismo modo que tú me complaciste cuando estaba yo en la tierra.* Ahora bien: ¡y qué ha de pedir en favor nuestro sino misericordia? Si, cada una de sus súplicas es el poder usar de misericordia en favor de los miserables: el poder emplearnos su piadoso y tierno corazon: el tomar como propias penas, las penas nuestras: el poder consolar piadosísima á todos los afligidos; y por decirlo de una vez, el poder mirarnos con aquellos sus ojos misericordiosos. ¡Pero todo esto podemos esperar de María? ¡Ahora que está en el cielo será todavía

tan piadosa? ¡Ah lector carísimo! guárdate bien de desconfiar de la mas tierna Madre; líbrete Dios aun de la menor sospecha. Al contrario; tu confianza para con la Santísima Virgen ha de ser completamente la mas absoluta, porque cuanto mas apremiantes sean tus necesidades, tanto serán siempre el objeto de su extremada compasion: y hemos de tener por cierto que no solo lo hará una que otra vez, sino que está dispuesta á hacerlo cien y cien veces, principalmente al suplicarle con sentidísimos ruegos que *vuelva á nosotros esos sus ojos misericordiosos*.

Los mundanos cuando se ven exaltados á alguna dignidad, luego se olvidan de los pobres, sus antiguos compañeros de infortunio: al contrario *María*: por una razon diametralmente opuesta, ahora que está ensalzada en los cielos sobre los coros de los mismos ángeles, tiene su atencion hácia nosotros, para volvernos piadosísima aquellos sus ojos misericordiosos: y así como el resplandor del sol supera en gran manera al brillo de la luna y de las estrellas, así la piedad y misericordia de *María* es ahora que está en los cielos cien y cien veces superior á la que tuvo cuando vivía en este mundo.

En el siguiente caso podrás entrever un poco hasta qué punto la Santísima Virgen bajo el título de su Concepcion inmaculada, vuelve á nosotros esos sus ojos tan misericordiosos. En cierta ciudad de España vivía hace pocos años una familia ilustre por su nobleza, y mucho mas ilustre todavía por la piedad que practicaba. Un miembro de esta casa tuvo que ausentarse por ciertos negocios, y bien pronto los malos compañeros rompieron su corazon. En vez de volver á la casa de su padre, el infeliz pasó á las Américas, donde, imbuido en las ideas racionalistas, acabó por hacerse un impío. Despues de muchos años volvió al seno de su familia,

pero sus padres no tuvieron á bien que viviese con ellos. A poco tiempo cayó enfermo: de repente es desahuciado de los médicos, y entonces con una impiedad horrible, acaba de manifestar que no tiene ninguna creencia. Sus padres, sus hermanos, sus parientes, la mayor parte de sus amigos y gran número de sacerdotes, lo exhortan para la confesion, pero á todos les responde con el silencio, con la burla, con el escarnio y con la mas negra impiedad. En esta situacion tan afflictiva acudieron á la Hermana de la Caridad N., la cual puso en movimiento todos los resortes de la caridad, pero sin ningun resultado satisfactorio. El infeliz padecía una hinchazon la mas horrorosa, y estaba apoderada de sus piés y piernas y aun de una parte de sus muslos: le causaba unos dolores los mas insufribles, se enfurecía, blasfemaba, irritábase contra lo mas santo, y entregado á la desesperacion era como un condenado aun antes de morir. La compasiva Hermana, viendo que no habia ya nada que esperar de los medios humanos, acudió á los divinos: mas no atreviéndose ni siquiera á insinuárselos, tomó una de las medallas milagrosas, se la colocó en la pierna en que sentia los mas agudos dolores, y despidiéndose de él se fué á sus quehaceres. Aun no habia pasado una hora cuando hizo llamar á la Hermana y le dijo que si hubiese algun confesor siempre se confesaria, principalmente si Dios le perdonase sus pecados, porque hacia ya 28 años que no habia hecho ningun acto de religion, y que de todo lo mas santo se habia burlado. La Hermana lo anima, le dice que esto es un milagro de la Virgen inmaculada, que con una de sus miradas acababa de convertirlo, y sacándole la medalla de la pierna se la entregó. Inmediatamente comenzó á disponerse, lloró amarguissimamente sus extravíos, y despues de haber recibido con mucha piedad todos los

Santos Sacramentos, se fué á gozar los frutos de su milagrosa conversion. Tales son los efectos de una mirada de misericordia de la Santísima Virgen María.

58. *Nos dá de hecho cuanto ella puede.*—Aunque hablando de la Santísima Virgen todo es grande, mas es preciso convenir que pocas verdades hay tan consoladoras como la que nos asegura que *María* se dá toda á todos los cristianos, á fin de ganarlos á todos. Si esto hizo un Moisés, cuando á trueque de salvar á su pueblo se daba todo á Dios, entregándose al anatema que merecian los culpables: si San Pablo nos asegura que tenia la cualidad santa de darse todo á todos para salvarlos á todos, ¿cuánto mas no hemos de afirmar que *María* lo ha hecho tambien? ¿Qué será *María* en favor nuestro atribuyéndole este carácter? Contéplala bien, lector carísimo, y verás qué bien se hace toda para todos; cómo á todos admite con una bondad sin límites; cómo á todos nos abre el seno de su misericordia; cómo es para nosotros esclavos, redencion copiosa; para nosotros miserables enfermos, la salud verdadera; para nosotros afligidos, suavísimo consuelo; para nosotros pecadores, perdon cumplido, y para los felizmente justos, aumentos continuos de gracia. ¡Ah! ¿quién habrá que no ame á esta amabilísima Madre nuestra? ¡Ah! ella es mas hermosa que el sol, mas dulce que el riquísimo panal de miel: es un tesoro abundantísimo de bondad; es para todos amable y afabilísima, y aun es la alegría de los ángeles y el gozo de los santos y la gloria de la Trinidad. ¡Ah! yo os saludo, Madre mia, corazon mio y alma mia. ¿Qué diré de tí, mi queridísima? ¡Eres *María*! Nombre feliz: yo quiero que jamas se aparte de mis labios, que esté grabado en mi corazon; y quiero acudir á él como que es el dulcísimo nombre de mi Reina y de mi Madre, de mi esperanza, de mi dulzura y de

mi vida. ¡Eres *María*! . . . Basta lo dicho para afirmar que se nos dá toda para todos: y no es extraño; porque así como no hay nada que esté excluido de la luz del sol, así entre los cristianos no hay ni siquiera uno que no disfrute las influencias de *María*. Sí, su bondad natural no puede apartarse de nada; y aun de hecho se dá toda entera no solo á los santos y á los justos, sino aun á los tibios y pecadores, y aun á los miserables é impíos. Reza la *Salve*, lector carísimo, y repite con grandísimo afecto que vuelva hácia tí aquellos sus ojos tan misericordiosos. *María* de tal suerte nos dá de hecho todo cuanto le es posible, que no puede no inclinarse á favorecernos cuando la invocamos con el *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*. ¡Oh gran Señora! ¡Oh soberana Emperatriz de cielo y tierra! Vuestra misericordia llena todo el universo mundo, de un modo semejante á la misericordia de Jesus. ¡Mírala qué Madre tan amorosa y tan piadosa! ¡Mira cuán inmensa es su bondad! No se resiente cuando se le hace alguna injuria positiva como los desgraciados, infelices y malaventurados protestantes, antes bien se ofende contra aquellos que no le piden las gracias que necesitan para su eterna salvacion: tanto quiere volver hácia nosotros esos sus ojos tan misericordiosos. ¿Qué bondad la de *María*, y cuán consoladora! Ella nos enseña á esperar gracias superiores á nuestros méritos, ya que nos dispensa favores que mil y mil veces los exceden. Y no es extraño, porque en ella se cumple la prediccion que hizo Isaías del trono de la misericordia que dispensaba toda gracia y toda bendicion: y este trono es *María*, como que es la silla del reino de Jesus. ¡Ah si pudiéramos saber lo que pasa entre esta mística silla y el que está sentado, oiríamos al Hijo divino que le dice: *Vos, Madre mia, me disteis el sér de hombre, y*

yo voy á daros el ser de Dios en cuanto á mí es dable y á vos recible: vos me disteis esta carne divina para que redimiera á toda carne, y yo os confiero mi omnipotencia para que de hecho podais salvarla. ¡Qué poder el de María! ¡Y poder omnipotente empleado todo en mi favor! ¡Qué gracias las que penden de él! ¡Y gracias que se derraman cuando se le pide con todo afecto el *vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos!* Cuando dirigimos á tan soberana Princesa tan excelente peticion, no solo le pedimos que nos mire con sus divinos ojos, sino que pedimos tambien la poderosísima mirada de Jesus: mirada que Jesus no niega, porque como ya vimos, nuestras súplicas las hace súplicas suyas: sus súplicas son ruegos de Madre, y estos ruegos obran completamente como si fuesen mandatos: y al modo que el Padre nada niega á su Hijo Unigénito, así Jesus nada niega á su Madre. ¡Y por qué todo esto? Porque la experiencia así nos lo enseña, porque le plugo honrar á su Madre cuanto le es dable, porque quiso concederle su omnipotencia, para que á fuer de Madre suya use de ella segun su beneplácito, y de esta manera alcancen el perdon los pecadores que la invocaren, y conceda á los tibios el fervor que necesiten, á los fervorosos la gracia de la fidelidad, á los santos la gracia de santificarse aun mas, y á los ya perfectos la dicha de poder hacer siempre y en todo lo mejor, lo mejor, lo mejor. Pidamos, por tanto, siempre á *María*, que *vuelva á nosotros esos sus ojos misericordiosos.*

CAPITULO XIII.

Y despues de este destierro, múestranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre.

59. *Explicacion de la Salve.*—Es muy sublime la súplica que nos enseña la Iglesia á dirigir á nuestra Virgen Inmaculada, en fuerza de estas palabras: *y despues de esta vida, múestranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre;* porque es como si le dijéramos: ya que tu poder es infinito, é infinita es tambien tu misericordia, líbranos á todos de las penas del infierno y de los tormentos del purgatorio, y condúcenos á todos á la patria celestial. Súplica excelentísima que se dirige á la Virgen Madre, á la mas grande y sublime entre todas las criaturas, á la que se complace en ser riquísima con el único fin de llenarnos de sus bienes: en una palabra, nos dirigimos á nuestra Reina y Madre que va á concedernos no solo la gracia de no ofender á Dios, sino aun de servirlo con fidelidad, de crecer á pasos de gigante aun en las mas heroicas virtudes, y hará que se verifique en nosotros el que *nos muestre á Jesus, fruto bendito de su vientre.* Hace poco tiempo que vivia en una isla de España, un hombre que rayaba ya en los 60 años; y si bien es verdad que siendo muy jóven vivió muy cristianamente, pero tambien lo es que abandonando toda idea religiosa, se hizo un incrédulo de los mas impíos. En este estado le asaltó su última enfermedad, y entonces comenzó, cual nunca, á ser malo. No solo no se podia alcanzar que se confesase, mas ni